

A *Contra* corriente

Una revista de estudios latinoamericanos

Vol. 16, Num. 1 (Fall 2018): 367-371

Review / Reseña

Craib, Raymond. *The Cry of the Renegade: Politics and Poetry in Interwar Chile*. Oxford: Oxford University Press, 2016.

Historias personales del anarquismo en el Chile de entreguerras

Gustavo Segura

University of California—Davis

The Cry of the Renegade del historiador Raymond Craib comienza y concluye con el mismo evento: el funeral del poeta y anarquista José Domingo Gómez Rojas (1896-1920). El autor detalla cómo miles de personas—artistas, militantes, civiles y otros—marcharon por el centro de Santiago de Chile para conmemorar su corta vida. La pregunta que parece gatillar esta investigación es cómo las acciones y creencias políticas de este poeta propician represalias tan fuertes que éste termina en una prisión en paupérrimas condiciones que lo conducen a una temprana muerte. A través de estas interrogantes, Craib nos adentra en la vida de Gómez Rojas (y la de otros pocos personajes de la época que protagonizarán los cuatro capítulos de este libro), pero también da cuenta de un convulsionado período de la historia chilena: una época donde el país se vio fuertemente golpeado por el encarecimiento de las importaciones luego

de la Primera Guerra Mundial y por la baja del precio del salitre (principal producto nacional en esos años), un Chile donde las desigualdades económicas y sociales solo seguirían creciendo con el tiempo e incitarían grandes revueltas sociales de las cuales estos jóvenes personajes serán parte.

Bajo estas condiciones, movimientos populares y corrientes políticas como el anarquismo tomaron un rol importante en la escena política chilena dejando un legado que perdurará hasta el día de hoy, una marca que Craib percibe hoy en grandes movimientos estudiantiles contemporáneos que se han gestado en las universidades y escuelas secundarias chilenas. Aunque la investigación de Craib no trata sobre estos últimos movimientos, sí se puede percibir una preocupación por problemáticas o temáticas que se comienzan a desarrollar en 1920 y que seguirán creciendo a medida que avanza el siglo—mayor represión contra estudiantes y obreros, la universidad como espacio crítico y/o “subversivo,” el crecimiento de la xenofobia y el racismo en gobiernos reaccionarios, la influencia de corrientes políticas como el anarquismo y el comunismo, la importancia de figuras culturales como poetas y artistas en la escena política, entre otros fenómenos. En otras palabras, aunque Craib centra su investigación en unos pocos meses de 1920, su investigación está constantemente preocupada en un futuro donde el autoritarismo del gobierno llegará a su cúspide con la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), o donde las universidades y escuelas se convertirán en los espacios fundamentales desde donde surgirán trascendentales movimientos sociales (y jóvenes figuras políticas) en el Chile del siglo XXI, como la Revolución de los Pingüinos de 2006 y las emblemáticas protestas estudiantiles de 2011.

Craib cubre un período y lugar muy específicos: de julio a octubre de 1920 en Santiago. El autor defiende efectivamente su acotado foco de estudio al mostrar que su investigación no intenta ser una historia exhaustiva de Chile durante este período, pero sí cree que los hombres que enhebran los capítulos de *Cry of the Renegade* merecen tener un lugar en la historia del país—como Craib explica, esta no es una historia de Chile, sino una *historia chilena* sobre un puñado de hombres que vivieron sus vidas en la ciudad de Santiago. Estudiar a estos personajes se justifica en el impacto político que éstos tuvieron durante estos pocos meses, un impacto que perdura hasta el día de hoy en las formas de hacer política y militancia de izquierdas en Chile, y particularmente, desde la universidad como espacio gestor de corrientes políticas como el anarquismo, el comunismo o el socialismo. El autor también logra insertar esta historia política estudiantil en la extensa e intrincada historia de los más grandes movimientos sociales en Chile.

En esencia, *Cry of the Renegade* trata sobre un grupo de individuos que pasan a ser actores sociales urgidos principalmente por la falta de una democracia representativa y por las crecientes desigualdades dentro de la ciudad. Craib detalla este despertar político a través de las instituciones y espacios políticos de la época, dándole gran protagonismo a organizaciones como International Workers of the World (IWW), la Federación Obrera de Chile, el Partido Obrero Socialista (fundado por Luis Emilio Recabarren) y la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh), una de las organizaciones más relevantes en la gestión de movimientos políticos estudiantiles en Chile a lo largo de los siglos XX y XXI. Esta última es importante para su investigación porque uno de sus objetivos es tratar de esclarecer que las revueltas estudiantiles surgidas en el siglo XXI no surgen como una herencia exclusiva de las protestas estudiantiles francesas de mayo de 1968 (las cuales sin duda tuvieron un impacto directo en las actividades políticas y sociales dentro de las universidades y escuelas chilenas), sino que surgen también en pequeños momentos e interacciones regados en variados espacios públicos y privados, como los que detalla el autor. Craib intenta reescribir una historia que ha sido algo idealizada o sesgada del anarquismo, de la militancia política de los estudiantes universitarios y de las innumerables problemáticas sociales y económicas de la época en la ciudad.

Como ya mencioné anteriormente, Craib usa un puñado de personajes que tienen en común el hecho de haber sido catalogados como “subversivos” por parte del gobierno chileno, pero sus historias personales también son fascinantes: son vidas ajetreadas que se vuelven aún más debido al contexto político y social con el que se encuentran. Por ejemplo, en el capítulo 1 conocemos el caso de la expulsión de un inmigrante español llamado Casimiro Barrios Fernández. A pesar de su estatus de inmigrante, Barrios Fernández vivió desde los 14 años en Chile, se casó con una chilena, y comenzaron una familia juntos en Santiago. Sin embargo, lo que lo hizo un sujeto peligroso y un blanco para la deportación fue su calidad de “subversivo,” o mejor dicho, el hecho de ser activista de izquierda; a través de este caso particular, Craib demuestra cómo el gobierno usó su calidad de inmigrante para atacarlo como un extranjero que intentaba introducir ideas “foráneas” y “peligrosas” como el anarquismo. Sin embargo, las acciones del gobierno escondían una creciente xenofobia proveniente de las clases aristócratas chilenas para aplacar ideologías políticas populares que se estaban desarrollando con mayor fuerza dentro del país.

El capítulo 2 trata sobre dos hermanos—Pedro y Juan Gandulfo, estudiantes y miembros de la FECh—, pero al mismo tiempo cubre un evento conocido

popularmente como la Guerra de don Ladislao, una suerte de simulacro de guerra que tuvo como fin exaltar las actitudes patrióticas en el país. El Ministro de Guerra Ladislao Errázuriz envió tropas militares al norte del país debido a una supuesta amenaza por parte del país vecino del Perú. Dirigentes de la FECh expresaron públicamente sus dudas ante esta amenaza peruana, recibiendo duras críticas e insultos por parte de grupos de derecha: una consecuencia de esto fue la destrucción y saqueo de la sede de la FECh. Allí, una turba de jóvenes conservadores quemó libros en el frontis de la sede mientras la policía simplemente contemplaba la hoguera (Craib ofrece evidencia fotográfica de los autores de este saqueo y de los impertérritos policías). Tal como en el capítulo 1, el hilo argumental de Craib nos lleva a pensar sobre la creciente paranoia ante supuestos pensamientos anti-patrióticos que se estaban formando en espacios críticos y de militancia política como la FECh—sitios que comenzaron a generar mayor escepticismo, resistencia y represión por parte del gobierno de turno presidido por Juan Luis Sanfuentes.

Al igual que la introducción (y el capítulo final del libro), el tercer capítulo de *Cry of the Renegade* trata sobre la muerte de un joven, pero uno que pertenecía a la vereda política opuesta a Gómez Rojas. Este joven, llamado Manuel Alejandro Covarrubias Ortúzar, se encontraba celebrando el exitoso saqueo de la FECh junto a otros participantes: el grupo paseó por la ciudad de Santiago con una bandera chilena, obligando a todo aquel que pareciera anti-patriota a besar la bandera en señal de lealtad al país. Sin embargo, al intentar forzar a un joven cerrajero a besarla, éste se resistió, causando una confusa trifulca donde ocurrieron disparos. Covarrubias Ortúzar recibió uno de ellos y murió. Aquí es cuando surge una figura que retrospectivamente será muy importante en el siglo XX: José Astorquiza, juez a cargo de la investigación de la muerte del joven conservador. El gobierno otorgó a Astorquiza amplios poderes judiciales y policiales para encontrar a los supuestos subversivos que le dieron muerte a Covarrubias Ortúzar. Craib describe varias instancias sobre el excesivo poder que comienza a acumular Astorquiza en su batalla personal contra los subversivos. Astorquiza, una figura temible (aunque no muy predominante) en la historiografía chilena, es caracterizado por el autor como una suerte de proto-agente del terror de Estado que se volverá un lugar común en la década de los 70 y los 80 con la dictadura cívico-militar de Augusto Pinochet.

El capítulo 4 nos trae de vuelta a Gómez Rojas y revela los hechos que condujeron a su muerte en cautiverio. Craib da algunos detalles de la corta pero ajetreada vida del poeta y su inmersión en la escena política, participando de lecturas

públicas de su revolucionaria poesía en centros de trabajadores y barrios de la clase obrera en Santiago. Fue detenido bajo sospecha de ser miembro de IWW. Su detención nos provee con una oportunidad de conocer más sobre el sistema penitenciario en estos años y sus variados problemas, como, por ejemplo, la sobrepoblación de prisioneros, las malas condiciones sanitarias y de infraestructura en estos recintos, los crecientes casos de violencia sexual entre prisioneros y el comienzo de la privatización de estos lugares con la introducción de trabajos forzados.¹ Bajo estas condiciones, la salud mental y física de Gómez Rojas empeora rápidamente y muere el 29 de septiembre de 1920.

Hablando sobre el arte del cuento, Ricardo Piglia dijo que éste siempre cuenta dos historias. El cuento es un relato visible que esconde otro relato oculto. Raymond Craib no necesariamente esconde su segundo relato, pero sí está constantemente contando dos historias a lo largo de *Cry of the Renegade*: una donde narra las historias personales (a veces casi anecdóticas) de estos pocos individuos para luego contar una historia colectiva que traza los gérmenes de muchas problemáticas que acaecerán a lo largo del siglo. Por esta razón, Craib no ofrece una conclusión a su trabajo investigativo: desde lo particular, proyecta algunas generalidades de la época, y también se percata de algunas huellas del legado de los años 20 en las pugnas sociales de hoy. Sin embargo, el trabajo de este historiador solo pudo concluir con el fin de las historias de este puñado de jóvenes activistas. Aun así, el historiador aporta una línea de investigación muy productiva en torno a las redes de ideas e ideologías que se comienzan a gestar en esta época y de los movimientos concretos que estas ideas hacen a través de sujetos particulares, como los hermanos Gandulfo, Casimiro Barrios Fernández y José Domingo Gómez Rojas.

¹ Craib ofrece aquí una descripción del sistema:

This was the model for the Santiago penitentiary. It had workshops where prisoners worked at the behest of private industrialists who had negotiated labor contracts with the government. The prisoners, in return, would earn small amounts of money that would be dedicated to partially covering the expenses of their own incarceration or to supporting their families. All prisoners—whether in the jail or the penitentiary—were required to work. If work was not available within the prison walls, wardens contacted the municipal authorities who then assigned prisoners to various work projects. Prisoners thus rehabilitated themselves through production rather than penitence, contemplating their crimes while laboring for others. (141)